

EL ABUELO

Autor: Lucas Remírez Eguía

¿Por qué desde hace unos días, cuando se levantaba por las mañanas, sentía como si la habitación girase a su alrededor? Tenía que sentarse en el borde de la cama, cerrar los ojos y esperar un poco a que todo volviera a la normalidad y se estuviera quieto. Todo: la lámpara, la cómoda, las paredes, la mesilla. Todo quieto, entonces, sólo entonces, se ponía de pie e iniciaba la ceremonia de vestirse. Primero las zapatillas, luego el batín encima del pijama.

Por la cocina ya se oía el sonido del lavavajillas que Pelagia había puesto en marcha.

“Papá mira que eres cabezón con esa manía de no querer venir a vivir con ninguno de nosotros”. Eso le dijeron sus hijos a los pocos días de morir su mujer. Pero él se mantuvo firme y entonces, llegaron a la conclusión de que había que ponerle alguien que se hiciera cargo de la casa unas cuantas horas al día, bastantes horas, y ese alguien fue Pelagia. Peruana de nacimiento, afincada en España desde hacía muchos años, pasaba de los cincuenta y tenía el temple suficiente como para bregar con un hombre de ochenta años acostumbrado a mandar en una empresa de componentes eléctricos con cerca de 60 empleados.

Para cuando él se levantaba, Pelagia, que tenía llaves de la casa, ya había recogido la vajilla de la cena de la noche anterior y preparado el desayuno. Luego se iba a comprar y al volver, arreglaba la casa y preparaba la comida. Comía en casa y a eso de las cinco de la tarde, se iba, dejándole la cena hecha para que sólo tuviera que calentársela en el microondas. No se llevaban mal, después de casi 15 años; podía decirse que hasta se llevaban bien aunque había veces en que los dos caracteres fuertes chocaban, sobre todo al principio. Luego a Fulgencio, que ese es el nombre de nuestro personaje, se le fueron bajando los humos y entendió que su calidad de vida dependía en gran parte de Pelagia. Así que terminó por asumir que una desconocida mangoneara en la casa y ejerciera el papel de gobernanta, pero con un solo gobernado.

Desayunó mientras hojeaba el periódico que ella le había traído, se duchó y antes de vestirse le preguntó qué tal día hacía. “Bueno, con sol, aunque hace un poquito de aire. El termómetro de la farmacia de abajo marcaba 21º.

“¡El bastón!”. Le gritó Pelagia, cuando ya iba a cerrar la puerta de casa para irse a la calle.

¡Jodido bastón! No se hacía a tener que ir con el bastón. La culpa era de la caída que tuvo hacía un par de meses al salir de casa. La verdad es que la culpable de la caída fue una baldosa que estaba semi levantada. Tropezó en ella y se cayó de bruces. Revuelo entre los peatones. Le ayudan a levantarse y le llevan a la farmacia próxima. Nada, unos rasguños en la rodilla derecha, en las manos y en la cara. Limpieza de las zonas afectadas y Beta-dine. "Convendría que se pusiera la antitetánica abuelo y debe tener más cuidado cuando ande". Abuelo... la mirada que le lanza Fulgencio al farmacéutico hace que desaparezca la sonrisa y el gesto de conmiseración con que acompañaba sus palabras. Fulgencio no quiere darle explicaciones y se limita a darle las gracias.

Las explicaciones que les dio a sus hijos no les convencieron mucho pues, una vez que hubieron venido de Urgencias y ya con la antitetánica puesta, llegaron a la conclusión de que: "Lo mejor para papá es que vaya con un bastón cuando salga a la calle".

Esa fue la lista de su hija mayor. Separada, bastante neurótica, con dos hijos emancipados, se aburría y ejercía como si fuera un inspector de la guía Michelin. Como disponía de llave de la casa de su padre, se presentaba de improviso y se dedicaba a supervisar, tanto a Pelagia mientras cocinaba, "ya sabe, Pelagia, muy poquita sal, si es nada mejor, que luego a papá le sube la tensión", como pasaba el dedo por encima de los muebles, o se metía en el dormitorio de su padre y revolvía los cajones viendo qué tal andaba de ropa interior. "Nos tenemos que comprar un par de camisas de manga larga" y Fulgencio nunca sabía si es que ella también se iba a comprar un par de camisas o hablaba en mayestático. Como sabía la talla que usaba su padre, a los dos o tres días aparecía en casa con un par de camisas y Fulgencio, a regañadientes, reconocía que tenía gusto para elegirlas. Así que ella fue la que dio la idea del bastón y dicho y hecho, al día siguiente se presentó con uno de contera de palta, cuya empuñadura de marfil representaba la cabeza de un galgo. Él no se hacía al bastón; cada dos por tres, Pelagia tenía que recordarle que lo llevara, incluso, más de una vez, tuvo que salir detrás de él hasta el portal con el bastón porque se le había olvidado.

No hacía mal día, la primavera había empezado a florecer y los tilos de la avenida desprendían un olor agradable y relajante. Fulgencio tenía buen aspecto, de estatura media, tez morena, él decía que de tanto tomar batido de zanahoria en el desayuno, cabello liso peinado hacia atrás con amplias entradas; vestía una camisa de cuadros pequeños, azules y blancos, con el cuello abierto que dejaba asomar un pañuelo de yerbas, una chaqueta de ante, pantalones de franela y unos zapatos de sport. No representaba más de 70 años.

Caminaba despacio ya que le gustaba disfrutar del ambiente de la calle, del ir y venir de la gente. Era urbanita recalitrante y su ciudad se la tenía

pateada de arriba abajo. Cuando quería ver alguno de los barrios nuevos que habían construido en el extrarradio, cogía el autobús y se daba una vuelta contrastando la modernidad de las urbanizaciones, la cantidad de zonas verdes y la juventud de sus habitantes, con el entorno del centro de la ciudad, que es donde él vivía.

Siguió paseando despacio avenida abajo, al poco llegó a una cafetería y entró. "Buenos días D. Fulgencio, ahora mismo le preparo lo suyo". Se les había metido en la cabeza que debía tomar el café sin cafeína, "problemas de tensión", decían. Él, al principio, se negó pero después, al poco tiempo, decidió no discutir y desayunaba café descafeinado, por eso, cuando salía de casa por las mañanas, lo primero que hacía era entrar en la cafetería y tomarse un café solo bien cargado. Cuando iba a revisión al médico, que ahora llamaban de familia, y le salía la tensión un poco alta, su hija informaba: "Pues apenas toma sal, más bien nada" y él añadía: "Hasta el café lo tomo descafeinado".

Médicos, la de médicos que hay en el mundo y urólogos un montón, bueno pues cuando, hace años, le mandaron revisar la próstata, se encontró con que el urólogo que le correspondía era uróloga, una chica joven y guapa. Al principio, cuando le dijo que se bajara los pantalones, se mostró un poco remiso pero viendo que no tenía más remedio, decidió tomárselo con humor y cuando la otra se puso los guantes y le dijo que se inclinara hacia adelante y se relajara, él contestó que relajarse se relajaba, pero a condición de que ella se hubiera cortado las uñas. Así era Fulgencio.

Pasó junto a la central de una de las entidades bancarias de la ciudad y entró en ella. Atravesó el amplio vestíbulo y al final, a la derecha, entró en una sala provista de confortables butacas donde, en una de las paredes, unas pantallas iban marcando el devenir de los valores bursátiles. El color rojo predominaba, lo que hizo que un señor que estaba sentado junto a la butaca que ocupó Fulgencio, le dijera: "Mal panorama, lo mismo es el momento de vender antes de que esto vaya más para abajo". "El día no ha hecho nada más que empezar, queda mucho todavía, tranquilo", le dijo Fulgencio mientras seguía con la mirada los cambios continuos de los valores en las pantallas.

Al cabo de un rato, se levantó y salió del banco. Siguió caminando por la avenida sin perder detalle de cuanto le rodeaba. De vez en cuando, alguien le saludaba, tenía muchos conocidos en la ciudad. Se detuvo delante del escaparate de una agencia de viajes. Había multitud de ofertas para ir a los lugares más recónditos del planeta.

"En cuanto me jubile, tú y yo nos vamos a ir de viaje a donde más te apetezca, los dos solos, a nuestro aire". Y ella le tomó la palabra y al poco de jubilarse le dijo: "¿Dónde nos vamos?". Fueron a una agencia y volvieron a casa con un montón de folletos de propaganda. Y lo decidieron: Portugal, Francia e Italia. Diez días a cada sitio.

Habían viajado poco. Durante los primeros años de matrimonio, la cosa no daba para viajes, mucho trabajo y muchas horas extra en trabajos particulares. Los hijos llegaron tarde y fue al tener el tercero cuando Fulgencio se decidió a establecerse por su cuenta; más trabajo todavía y más dedicación. Ella, bregando con la casa y los hijos. Con el tiempo entró en casa una mujer que le echaba una mano por las mañanas. Más tarde, cuando empezaron las cosas a ir bien, vino lo de comprar un apartamento en la playa y allí iba la familia a pasar el verano, mientras él seguía al frente de la fábrica hasta que llegaba la segunda quincena de agosto en la que se iba a descansar con la familia hasta principios de septiembre. Algún viaje hicieron pero sin salir de España. Él sí viajó al extranjero para visitar Ferias de Muestras de su especialidad. Por eso aquello de: "Cuando me jubile...". Y lo hicieron. Visitaron: Oporto y Lisboa y Coimbra, y Estoril y París, y Parma y Florencia y Venecia y Bolonia y Pisa y Verona y el lago Garda y Roma y el Vaticano y...

Cuando volvieron, él reveló todos los carretes de fotografías y proyectaron las películas, grabadas con el tomavistas, en una pantalla enrollable que se desplegaba sujeta en un trípode y pasaban veladas enteras rememorando los momentos felices que habían vivido y asimilando todo lo que habían visto. Aprovechaban cuando los domingos venían a comer a casa sus hijos con sus familias y les organizaban sesiones demostrativas de todo lo que habían vivido, sobre todo ella, que ponía un énfasis especial cuando explicaba algo.

"Por favor caballero, me permite". Parado que estaba, viendo el escaparate de la agencia de viajes, dificultaba el paso a una chica con aspecto de sudamericana que empujaba una silla de ruedas con un señor sentado en ella. Él también empujó silla. Sampedro, en su novela "La sonrisa etrusca", le llamaba la "rusca", él, desde el primer día, le llamó el veneno. Y el veneno se la llevó. Fue al poco de hacer el viaje, no habrían pasado siete meses cuando un reconocimiento rutinario lo detectó y la cosa fue fulminante. La quimioterapia poco pudo hacer, eso sí, debilitarla de tal manera, que para que saliera a la calle, la única forma era la silla de ruedas y él se encargó de ello. "¿Dónde quieres que vayamos a pasear hoy que hace muy buen día?". "Me gustaría ver el paseo de la ribera, junto al río". Y allí iban los dos, él empujando la silla con cuidado para que cualquier desnivel de la acera no le afectara. Ella sin perder detalle, intuyendo que, probablemente, fuera la última vez que viera aquello. Luego ya no tuvo fuerzas ni para aguantar el traqueteo de la silla.

El sonido monocorde del semáforo, acondicionado para invidentes, le trajo al presente. Atravesó la calzada y alcanzó la otra acera antes de que dejara de sonar. Siguió caminando y al poco se paró ante un edificio neoclásico, con unos enormes ventanales en la entreplanta. Unas escaleras de mármol, flanqueadas por dos figuras de bronce que sostenían unos candelabros,

daban acceso a unas puertas de madera giratorias, acristaladas, que introducían al visitante en un vestíbulo con profusión de molduras florales de yeso, orlas y espejos, donde un conserje le daba los buenos días. El Círculo, era el nombre del edificio que albergaba una sociedad que, en tiempos, fue la referencia de la ciudad por la categoría económica, social y cultural de sus afiliados y hoy era una entidad caduca, aferrada a sus tradiciones, tratando de subsistir. A la izquierda, un inmenso salón, de suelo de brillante tarima, salpicado de sillones y tresillos de cuero, rodeando mesas bajas de superficie de cristal o mármol. Fulgencio se dirigió hacia uno de los ventanales donde, retrepados en sendos sillones, dos hombres charlaban mientras contemplaban el panorama a través de las cristaleras.

Fulgencio saludo a la pareja, tomo asiento e hizo un gesto a uno de los camareros que, al poco, se acercó con un vermut con dos cubos de hielo y un par de olivas y un cuenco con patatas fritas chips que daban la sensación de estar recién hechas. Los dos hombres eran amigos de Fulgencio desde hace muchos años. Al jubilarse, cogieron la costumbre de reunirse habitualmente en la Sociedad un poco pasadas las doce del mediodía. Allí comentaban la actualidad local, nacional, internacional y lo que hiciera falta, mientras degustaban un aperitivo. Cada día pagaba uno por riguroso turno. En el turno, hasta hace tres o cuatro años, entraba un cuarto amigo que empezó a dejar de acudir. El Alzheimer había hecho presa en él y poco a poco, le fue venciendo hasta que la familia decidió ingresarlo en una Residencia especializada en el trato con esa clase de enfermos. Desde que lo ingresaron, Fulgencio no había martes que no acudiera a visitar a su amigo. Se lo había tomado como un deber y lo cumplía a rajatabla. Normalmente iba en taxi, ya que la Residencia estaba a las afueras.

Los celadores y las enfermeras ya lo conocían y normalmente, para cuando él llegaba, ya lo tenían sentado en una butaca de mimbre, cerca de la galería que daba a un jardín. Fulgencio llegaba, se sentaba a su lado y comenzaba a hablar con él. Su teoría era que el otro sabía quién era y mantenía con él una conversación normal y corriente, con la diferencia que sólo iba en una dirección, sin encontrar réplica o asentimiento por la otra parte. Su amigo, mientras él hablaba, permanecía con la mirada perdida en un punto indeterminado del jardín y el rostro inexpresivo. Había veces que miraba hacia él y entonces. Fulgencio le miraba fijamente al rostro tratando de atisbar alguna reacción. Nada, casi ni parpadeaba, pero no se desanimaba y seguía contándole cosas. Cuando se despedía de y salía a la calle, tenía una mala sensación que tardaba mucho en desaparecer. En la reunión del día siguiente con sus amigos y contertulios, la primera pregunta solía ser: “¿Cómo lo encontraste?” y la respuesta siempre la misma: “Igual”.

Contertulios..., ¡qué buenas fueron aquellas tertulias semanales en casa de Tote! Su amiga de la infancia Tote.

Llevaría viudo tres o cuatro años y un día, cuando iba a entrar a una cafetería, se dio de bruces con ella que salía deprisa. Siempre había sido una chica inquieta, movida y un tanto alocada. Sentados delante de un par de cervezas ella le puso al corriente de su vida. Hacía unos meses que había vuelto a su ciudad de nacimiento. Con tres hijas a las que había abandonado junto a su marido, cuando la mayor tenía seis años y la pequeña tres, ella se fugó con un camionero. Su marido las dejó a cargo de los abuelos maternos, de posición económica acomodada y emigró a Méjico donde montó una industria. Ella, educada en un colegio suizo, tocaba el piano y hablaba dos idiomas. Pasada su pasión por el camionero se fue a París y allí estuvo dando clases de español, inglés y piano. Pronto se integró en el París de la bohemia y los garitos de Montmartre y Pigalle dejaron de tener secretos para ella.

Con el tiempo conoció a un empresario egipcio y con él se fue a vivir a Alejandría. Cuando, al cabo de los años, su relación se rompió, volvió a París y allí estuvo viviendo hasta que algo le dijo que se había hecho mayor y debía volver a sus orígenes. Así que se volvió a España y se instaló en la casa que había heredado de sus padres cuando murieron. Con 60 años recién cumplidos, una hija fallecida y las otras dos, con las que había mantenido contactos esporádicos, que le habían hecho abuela y que vivían en lugares diferentes, decidió reorientar su vida y volvió a dar clase de piano y a organizar tertulias en su casa un par de veces al mes. A esas tertulias invitó y animó a Fulgencio a que asistiera.

“Seguro que te lo pasas bien, verás que gente más interesante conoces; de paso te servirá para evadirte del vivir cotidiano y monótono que llevas”.

Así que Fulgencio se animó y un atardecer se fue a casa de su amiga. Los tertulianos eran de lo más variopinto, no cabía duda de que eran gente interesante: Un crítico de cine del periódico local, un catedrático de Historia del Instituto y maestro de judo, un escarpatista homosexual, un numismático pareja del escarpatista, la dueña de una tienda de decoración, un pintor especializado en acuarelas y un anticuario salido hace poco de la cárcel, donde estuvo cumpliendo condenado por receptación de obras de arte robadas.

En medio apareció Fulgencio, a algunos conocía de vista aunque con la mayoría había diferencia de edad. La costumbre era que todos aportaban algo para picar mientras se hablaba en torno a un par de mesas bajas donde se ponía lo que hubiera para tomar. Fulgencio desde el primer día que fue se autoproclamó el *soumillier* del grupo y colaboraba con un par o tres de botellas de vino, de buen vino. La dueña, de la casa, Tote, solía sorprenderles un día con un par de tortillas de patata, otro con pinchos morunos, o couscous, o sándwiches que se tardaba en adivinar de qué estaban hechos. La velada comenzaba allá al atardecer y terminaba bien pasada la media noche. Alguna vez el anticuario llevaba unos cuantos porros “Para el que quiera compartir”.

Incluso, hubo una ocasión, en la que sacó un paquete y mientras deshacía el envoltorio comenzó a recitar: "Abres el sésamo de la alegría/ cáñamo verde kif de Turquía. Yerba del Viejo de la Montaña /el Santo Oficio te halló en España. Yerba que inicias a los faquires/ llena de goces y Dies Ires. Verde esmeralda-loa el poeta/persa-tu verde vistió el profeta. Kif-yerba verde del persa-es /el achisino bhang bengalés. Charas que fuma en el diván /entre odaliscas el gran sultán". "Si Valle Inclán escribió esto, no puede ser malo", dijo al terminar, mientras acababa de desliar el envoltorio y aparecía una pipa para fumar kifi que, una vez montada, la cargó, la encendió y dio tres largas y profundas caladas, dejándola sobre la mesa y diciendo: "Si alguien quiere, a tiempo está".

La tertulia había veces que alcanzaba un nivel elevado que a Fulgencio le sobrepasaba, pero, entonces, él permanecía atento y silencioso asimilando cuanto allí se decía y ponderando los argumentos que cada uno exponía. Se lo pasaba bien, muy bien podría decirse, y mantenía unas encendidas e ilustrativas discusiones con el crítico de cine, pues Fulgencio entendía de cine, sobre todo de cine clásico y sus criterios eran apreciados por el crítico y el resto de los contertulios. Nombres de actores y actrices con sus filmografías, títulos de películas, corrientes cinematográficas, desde el surrealismo de Buñuel, al neorrealismo de Rossellini y De Sica, pasando por la nouvelle vague de Truffaut o el modernismo de Welles. Un verdadero erudito era Fulgencio en ese tema. Le había gustado desde siempre y estaba suscrito desde hacía muchos años a revistas especializadas en la materia.

Las reuniones se celebraban normalmente los viernes o los sábados y Fulgencio no se perdía una.

"Pelagia, para esta noche no me prepare nada de cenar que cenaré fuera".

"No sé yo que comistrajos tomará con esos amigos tan raros. Con la señorita Tote suelo coincidir yo algunos días en el super y sólo la veo comprar cosas de poca sustancia, sin fundamento. Mucha cosa envasada".

La situación se prolongó durante tres o cuatro años pero de pronto todo empezó a torcerse.

El anticuario, de la noche a la mañana, desapareció e imaginaron que debía haberse metido en algún lío y decidió poner tierra por medio. Al catedrático le ofrecieron un puesto político y tuvo que cambiar de ciudad con lo que dejó de asistir a las reuniones. Y la anfitriona Tote, en uno de sus arranques, llegó a la conclusión de que la naturaleza le llamaba, que ya estaba bien de vivir rodeada de asfalto, de coches y de gente. "Algo me dice que tengo que irme a encontrarme conmigo misma y con la naturaleza", les soltó de sopetón en una reunión que organizó de despedida. Vendió su casa y se fue a vivir a una aldea, semivacía, perdida en el interior de la sierra, donde sólo se oían, a lo lejos, los cencerros de las vacas que pastaban sueltas en el monte

comunal, el ladrar de un par de perros pastores y el canto de los gallos al punto de la mañana.

Así que la tertulia se deshizo y Fulgencio se quedó sin esos momentos que le llevaban a experimentar otro mundo totalmente ajeno a su devenir diario.

“Hoy le he preparado para comer unas judías verdes muy buenas y un filete a la plancha con unas patatitas fritas”. Era lo primero con lo que Pelagia le saludaba cuando regresaba a casa: con el menú.

Comía despacio y después se sentaba tranquilo, en un sillón, a ver las noticias en la televisión y poco a poco, se iba quedando dormido. No le gustaba echarse la siesta en la cama, prefería hacerlo así. Normalmente se despertaba un poco antes de que Pelagia diera por terminada su jornada y ella, al despedirse, tenía por costumbre decirle lo que le dejaba preparado para cenar.

A partir de ese momento, cuando se quedaba solo en casa, era cuando algo no marchaba bien. Sentía unas sensaciones raras, como si la casa en su soledad se fuera haciendo más pequeña y una especie de claustrofobia se apoderaba de él, sobre todo, en invierno. Por eso, siempre que podía, se iba a la calle. En el Círculo había montada una partida de mus en la que muchas veces participaba; cuando llegaba tarde se sentaba y observaba la partida que jugaban los otros. Todo esto en la tercera planta del edificio, la dedicada a los juegos de mesa con un par de mesas de billar incluidas. Allí solía estar hasta las ocho u ocho y media de la tarde en que regresaba a casa.

Alguna tarde, muy de ciento en viento, cuando volvía a casa y pasaba por delante de una iglesia, situada a escasos cien metros del Círculo, si eran más de las ocho y media, entraba. Entraba porque sabía que ya no había nadie. La misa vespertina era a las ocho y desde que terminaba, hasta la nueve, la iglesia permanecía abierta. Abierta y vacía. La iglesia es pequeña, predomina en ella el gótico, incluida la fachada principal. Adosada tiene una torre mudéjar. Su interior, compuesto por tres naves, está cubierto por bóvedas de crucería. La cabecera es románica y de su bóveda pende un Cristo grande, tallado en madera. Unos pilares poligonales separan las naves. A Fulgencio le gusta la austeridad de ese templo. Fulgencio no es practicante, es creyente a su manera. La última vez que estuvo en misa fue en el entierro de su mujer. Pero en la soledad y el silencio de esa iglesia, apenas iluminada por una lamparilla situada cerca del altar de piedra, y la tenue luz del atardecer que penetra por una claraboya de ónix, se encuentra bien. Se sienta en uno de los bancos traseros y su mente se queda en blanco, relajada, hasta el punto de que cuando sale no sabe en qué ha estado pensando, pero siente una sensación de sosiego y paz. Se dice que debe de volver pronto pero pasa tiempo hasta que vuelve a entrar.

Después de cenar se retrepaba otra vez en su sillón y entonces sí que veía de arriba abajo las noticias de la tele. Luego veía algún programa de

debate o alguna tertulia. Había veces en que su hija le llamaba: "Papá esta noche ceno contigo, luego nos vemos una peli que he comprado mientras hacemos tiempo".

Hacer tiempo, hacer tiempo para que la diferencia horaria con Argentina permitiera a su nieto e hijo respectivo, salir de trabajar, conectarse a internet y establecer una videoconferencia. Veterinario, llevaba dos años trabajando en la Pampa en una explotación ganadera. Aunque la correspondencia de correo electrónico era fluida, al menos una vez a la semana, se conectaba y se le podía ver en vivo.

Él había sido, cuando todavía no había terminado la carrera, el que introdujo a su abuelo en el mundo de internet y ahora Fulgencio no se arrepentía de las horas que había tenido que dedicar para ponerse al día. De hecho, muchas noches le daban las tantas buceando en red hasta que cansado se iba a la cama.

Así, nada más acostarse, se quedaba dormido, sin tiempo a que las paredes de la casa trataran de aprisionarle.

Probablemente tendría que acabar yéndose a vivir con su hija, aunque también podía ella venir a vivir con él. Tendrían que hablarlo, pero eso sería otro día; lo mismo que ir al médico a ver si le aclaraba lo de sus mareos y mientras, seguiría viviendo la aventura diaria y apasionante de la espera.

Junio 2009